

INJUSTICIA DEL MUNDO,

PARA CON LAS PERSONAS VIRTUOSAS.

Nos scimus quia hic homo peccator est.

Nosotros sabemos que ese hombre es un pecador.

(JOAN. IX, 24.)

¿Qué podrá esperar de la injusticia del mundo la más pura é irrepreensible virtud, pues, pudo hallar, en otro tiempo, en la misma santidad de Jesucristo, motivos de murmuracion y de escándalo? Si obra extraordinarios prodigios en presencia de los judíos, le acusan, de que quebranta la solemnidad del sábado; de que obra estos milagros en nombre de Belcebú, y no en nombre del Señor; y de que, con estos prestigios, quiere aniquilar y destruir la ley de Moisés: *Non est hic homo à Deo, qui sabbatum non custodit* (JOANN. IX, 16). Esto es, claman contra su intencion, para hacer sospechosas y culpables sus obras. Si honra con su presencia la mesa de los fariseos, para tener ocasion de convencerlos é instruirlos, le miran como á un pecador, y como á un hombre gloton: *Ecce homo vorax, et potator vini* (MATTH. XI, 19). Esto es, acusan sus obras de pecado, cuando les importa no examinar la rectitud de su intencion. Finalmente, si se presenta en el templo, armado de celo y severidad, para vengar la profanacion con que era deshonrado aquel santo lugar, el celo de la gloria de su Padre, que le consume, no es en su boca más que una usurpacion injusta de una autoridad que no le pertenece; esto es, recurren á unos vituperios vagos y sin fundamento, cuando no tienen que hablar contra su intencion ni contra sus obras.

Amados oyentes, me veo precisado á decir con profundo dolor, que no halla hoy entre nosotros la piedad de los justos más indulgencia, de la que halló antiguamente en Judea la santidad de Jesucristo. Cuando el modo de proceder de los justos es irrepreensible, y no hallais en él motivo para murmurar, recurrís á su intencion, la que no veis; les acusais, de que en sus obras tienen sus fines y particulares intereses.

Si su virtud procura hacerse semejante á vosotros, y deja algo de su severidad por ganáros para Dios, conformándose con vuestros usos y costumbres, entónces, sin cuidar de su intencion, acusais sus más inocentes condescendencias de delitos y desórdenes, que no merecen perdon. Finalmente, si su virtud, abrasada con un divino fuego, no guarda respetos con el mundo, y no deja que decir, ni contra su intencion, ni contra sus obras, los reprendeis sin fundamento, murmurando aún contra su celo y piedad.

Permitidme, pues, que declame hoy contra un abuso tan vergonzoso para la religion, tan injurioso al espíritu que forma los santos, tan escandaloso entre los cristianos, tan propio para atraer sobre nosotros las eternas maldiciones, que mudaron en otro tiempo la heredad del Señor en una tierra desierta y abandonada, y tan digno del celo de nuestro ministerio. Murmurais de las intenciones de los justos, cuando no teneis que decir contra sus obras; y esto es temeridad: exagerais sus flaquezas, y les imputais á culpa las más leves imperfecciones; y esto es inhumanidad: os burlais de su fervor y de su celo; y esto es impiedad. Estas son las tres injusticias del mundo para con los justos. Una injusticia de temeridad, que sospecha de sus intenciones; una injusticia de inhumanidad, que no perdona, ni aún á sus más leves imperfecciones; una injusticia de impiedad, que de su santidad y celo toma motivo de irrision y de desprecio. ¡Oh Dios mio! obligad al mundo á que respete á unos justos, que no es digno de poseer. Os lo pedimos por la intercesion de la Virgen. A. M.

4. No hay cosa mayor ni más digna de respeto en la tierra que la verdadera virtud. Con todo, el estilo más válido hoy en el mundo es, el censurar y burlarse de la piedad. Es cierto, que el mundo parece que respeta la virtud en idea; pero, siempre desprecia á los que la profesan; confiesa, que no hay cosa más digna de estimacion que una piedad sólida y sincera; pero, se queja de que no la halla en parte alguna. El primer objeto de los discursos del mundo contra la virtud es, censurar la rectitud de intencion de los justos. Como lo que se manifiesta en sus acciones, no da regularmente motivo á la malicia para censurarlo, se vuelve ésta contra la intencion. Dicen, que los que hacen pública profesion de la virtud, solo se proponen conseguir sus fines particulares; que los que parecen más santos y más desinteresados, solo exceden á los demás, en que tienen más artificio y destreza. En esta temeridad hallo tres calidades odiosas, que dan bien á conocer toda su maldad y su injusticia; hay una temeridad de indiscrecion, porque juzgais y decidís de lo que no podeis conocer; una

temeridad de corrupcion, porque regularmente juzgais de los demás por vosotros mismos; finalmente, una temeridad de contradiccion, pues, respecto de vosotros, teneis por locas é injustas las mismas sospechas, que os parecen tan bien fundadas contra vuestro prójimo.

Dije, primeramente, una temeridad de indiscrecion; porque á solo Dios está reservado el juzgar de las intenciones y pensamientos; él solo, que ve lo interior de los corazones, puede juzgar de ellos. Estos no se han de manifestar hasta aquel terrible dia, en que su luz ha de iluminar las tinieblas. Acá, en la tierra, están cubiertas las profundidades del corazon humano con un velo impenetrable, y así, es preciso esperar á que se rasge este velo; hasta entónces, cuanto pasa en el corazon del hombre, oculto á nuestro conocimiento, debe estar tambien libre de la temeridad de nuestros juicios; y aún cuando las obras exteriores, que vemos en nuestros prójimos, no les sean favorables, la caridad nos manda justificar lo que no vemos, y excusar los defectos de las acciones que nos escandalizan, con la inocencia de la intencion que se nos oculta. Pues, si la religion nos obliga á ser indulgentes y favorables, aún con sus vicios, ¿podrá permitir, que seamos crueles é inexorables con sus virtudes? Sin embargo, sospechais en los justos vileza, disimulo é hipocresía; decís, que se valen de las cosas más santas para hacerlas servir á sus fines y á sus pasiones. ¿Es posible, que cuando no os atreveriais á formar un juicio tan cruel y tan odioso de un público reo, que estuviese convencido del más enorme delito, le hayais de formar de los justos? ¿Habeis de sospechar en un justo, sin más fundamento que una vida santa y loable, lo que no os atreveriais á sospechar de un pecador, en quien vieseis unas costumbres escandalosas y culpables?

Confieso, que el hipócrita es digno de la execracion de Dios y de los hombres; pero, esa continua rabia contra la virtud, esas sospechas temerarias, que confunden al justo con el hipócrita; esa malicia, que, elogiando altamente la justicia, casi no halla justo alguno que merezca esos elogios; destruyen la religion, y se dirigen á hacer sospechosa toda la virtud. Solamente un corazon perverso y corrompido puede suponer en los demás tanta infamia y corrupcion.

El segundo carácter de esta temeridad, de que voy hablando, es su corrupcion: si; esta gran malicia, que ve la culpa por entre las mismas apariencias de virtud, y que atribuye á las obras santas intenciones pecaminosas, no puede nacer sino de un alma infame y corrompida. Como las pasiones han inficionado vuestro corazon ¡oh vosotros, á quienes se dirige este discurso! como sois capaces de toda la malicia y de toda la ruindad; como no se halla en vosotros recti-

tud, nobleza, ni sinceridad alguna; sospechais fácilmente, que vuestros prójimos son como vosotros. Un buen corazon, un corazon recto, sencillo y sincero, casi no puede creer que haya impostores en la tierra; en su interior forma la apologia de los demás hombres; y de lo mucho que á él le costaria el no proceder de buena fé, infiere lo que debe costar á los demás. Y así, examinad atentamente á los que forman estas infames y temerarias sospechas contra los justos, y hallareis, que, regularmente, son unos hombres desarreglados y corrompidos, y que quieren hallar tranquilidad en sus disoluciones; suponiendo, que sus flaquezas son comunes á todos los hombres, que los que parecen más virtuosos solamente los exceden en tener más habilidad para ocultarlas, pero, que si se les viera como en realidad son, se hallaria, que en todo se parecen á los demás hombres. De este injusto modo de pensar, se forman un fatal consuelo en sus desórdenes.

Me direis, que se han visto muchos hipócritas, que han tenido largo tiempo engañado al mundo, creyéndolos éste santos y amigos de Dios, cuando, en realidad, eran unos hombres infames y perversos. Yo tambien lo confieso, aunque con bastante dolor: pero, ¿qué quereis inferir de eso? ¿Acaso, que todos los justos se parecen á ellos? ¡Terrible consecuencia! ¿Qué seria del linaje humano, si arguyerais así de todos los hombres? Se han visto muchas esposas infieles; ¿luego ya no hay pudor ni fidelidad en el sagrado vínculo del matrimonio? Se han visto muchos magistrados, que han vendido su honor y su ministerio; ¿luego la justicia y la integridad están desterradas de los tribunales? ¿Qué mayor injusticia, ni qué mayor locura, que atribuir á todos el delito de uno solo?

Pero, lo más extraordinario que hay en esta temeridad, que quiere siempre juzgar y oscurecer las secretas intenciones de los justos, es; que con ella os contradecís á vosotros mismos. Si; acusais á los justos, de que tienen sus fines particulares y sus miras secretas en las acciones más santas, y de que fingen la virtud que no tienen; pero, este argumento es muy impropio, porque toda vuestra vida no es más que un perpétuo fingimiento: vuestro corazon está siempre desaprobando vuestra conducta; vuestro rostro es la contradiccion de vuestros pensamientos; vosotros sois los hipócritas del mundo, de la ambicion, del favor y de la fortuna; y así os está muy mal, el acusar á los justos de ficcion, y el declamar tanto contra su disimulo é hipocresía. Por otra parte, os quejais altamente del mundo, cuando sigue vuestros pasos, cuando interpreta maliciosamente ciertas visitas sospechosas y ciertas miradas afectadas; entónces clamais vivamente contra la malicia de los hombres, que á unas acciones indiferentes

atribuyen intenciones pecaminosas. Pero, ¿acaso dan los justos más motivo á la temeridad de las sospechas que formais contra ellos? Si á vosotros os parece lícito buscar en ellos el delito, aún bajo las apariencias de virtud, ¿por qué os ha de parecer tan mal, que el mundo se atreva á sospecharle en vosotros, ó á teneros por culpados, fundándose en las mismas apariencias de culpa? Me direis también, que no está tan falto de fundamento el mundo para censurar á los que parecen justos; que todos los días estamos viendo, que éstos gustan más de los placeres, que sienten más las injurias, que son más soberbios en la elevación, y que tienen más apego á sus intereses: esta es la segunda injusticia del mundo para con los justos: no solo interpreta maliciosamente su intención, lo que es temeridad, sino, que también examina sus más leves imperfecciones, y esto es inhumanidad.

2. Sí, hermanos míos; el cuidado que pone el mundo en exagerar, aún las faltas más leves de los justos, es inhumanidad. Lo más que puede pedirse á la flaqueza humana es, que venzan las virtudes á los vicios, y el bien al mal; que lo principal esté siempre arreglado, y que trabajemos continuamente para arreglar lo restante.

Y á la verdad, hermanos míos, estando, como estamos, llenos de pasiones en la miserable condición de esta vida; teniendo dentro de nosotros una eterna contradicción á la ley de Dios; viviendo entregados á mil deseos, que pelean contra nuestra alma; siendo continuo juguete de nuestra inconstancia y de la inestabilidad de nuestro corazón; ¿debeis admiraros, que unos hombres, cercados y sepultados de tantas miserias, dejen ver en sí alguna de ellas? ¿que unos hombres, tan corrompidos, no sean siempre igualmente santos? Si hubiera en vosotros alguna prudencia, os parecerian más dignos de admiración por ver en ellos algunas virtudes, que de censura por conservar aún algunos vicios.

Por otra parte; Dios tiene sus motivos para dejar, aún en los justos, algunas flaquezas sensibles que os escandalizan. De este modo quiere humillarlos y asegurar más su virtud, ocultándosela á ellos mismos. Quiere avivar su vigilancia, quiere excitar en ellos el continuo deseo de la eterna patria; acaso también pretende, no desanimar á los pecadores, con el espectáculo de una virtud demasiado perfecta, á la que les parecería que nunca podrían llegar; proporcionar á los justos una continua materia de oración y de penitencia, dejando en ellos una perpétua raíz del pecado; precaver los excesivos honores que podría dar el mundo á su virtud, si fuera demasiado pura y resplandeciente, para que no busque su recompensa ó su escollo en las vanas alabanzas de los hombres.

Pero, aún cuando la miseria del hombre no hiciera bárbaras é inhumanas vuestras censuras en orden á las flaquezas, que aún pueden haber quedado en los justos, lo serian, atendiendo solamente á la dificultad de la virtud. Porque, á la verdad, ¿os parece tan fácil el vivir según Dios, y caminar por las estrechas sendas de la salvación, que hayais de ser inexorables con los justos, luego que se apartan de ellas un solo paso? ¿No nos estais alegando todos los días vosotros mismos, las dificultades de la vida cristiana, cuando os proponemos sus santas reglas, y diciéndonos, que no debe causar admiración el que un hombre, que há mucho tiempo que camina por caminos ásperos y escarpados, tropiece ó caiga alguna vez por cansancio ó por flaqueza? ¿Qué bárbaros somos, pues, con todo eso, la más leve imperfección de los justos borra en nuestro espíritu sus más apreciables cualidades! en vez de perdonar sus flaquezas en favor de la virtud, su misma virtud es la que nos hace más crueles é inexorables contra sus flaquezas.

Pero, aún es mucho más cruel vuestra injusticia para con los justos, porque, vuestro mal ejemplo, vuestros desórdenes y vuestras censuras son la causa de su tibieza, de que se debiliten en su virtud, y de que algunas veces os imiten. La corrupción de vuestras costumbres es el lazo más peligroso para su inocencia; por librarse de la burla, que continuamente estais haciendo de la virtud, se ven muchas veces precisados á manifestar apariencias de vicio. ¿Y cómo quereis que la piedad, aún de los más justos, se conserve siempre pura, entre los malos ejemplos que hoy reinan en un mundo perverso?

También digo, que, atendidas vuestras máximas no puede excusarse de crueldad ó extravagancia vuestra injusticia con los justos: juzgado vosotros mismos. Todos los días nos estais diciendo, que el tal, no obstante su devoción, tiene sus fines particulares; que el otro, tiene una virtud tan delicada, que cualquiera leve incomodidad le ofende y le alborota; que éste, á nadie perdona; y sin fundamento alguno declarais, que una devoción mezclada de tantos defectos no puede hacer santos. Estas son vuestras máximas; y con todo eso, cuando nosotros os decimos, desde este sagrado púlpito, que la vida mundana, ociosa, sensual, distraída y casi absolutamente profana que haceis, no puede ser camino para la salvación, decís, que no hallais en ella mal alguno; nos acusais de rígidos, y de que ponderamos demasiado la severidad de las reglas y obligaciones de vuestro estado; y os parece, que de nada más necesitais para salvaros. Pero, ¿de parte de quién se halla el rigor y la injusticia? Vosotros condenais á los justos, porque añaden á su piedad algunas acciones parecidas á las vuestras;

¿y á vosotros os parece ir por el camino de la salvacion, teniendo solamente esos defectos, y no la piedad que los purifica?

Y lo más deplorable que hay en la severidad, con que condenais las más leves imperfecciones de los justos, es; que si un pecador célebre y escandaloso, despues de una vida llena de delitos y excesos, manifiesta, cuando está para morir, algunas débiles señales de arrepentimiento, decís, que ha muerto cristianamente y reconocido, que ha pedido perdon á Dios; y sin más fundamento, confiáis de su salvacion, y no dudais que el Señor haya usado con él de misericordia. Salvais al impio, fundados en las más leves y equívocas señales de piedad; y condenais al justo, por haber dado algunas muestras, aunque dignas de excusa, de humanidad y flaqueza.

Me parece, que conocéis la injusticia de vuestro modo de proceder en este particular; pero, para concluir este discurso, quiero manifestaros, como propuse al principio, que no solamente atribuíis unos motivos infames á las buenas obras de los justos, lo cual es temeridad; no solamente ponderais sus más leves imperfecciones, lo que es inhumanidad; sinó, que cuando no teneis que decir contra la rectitud de su intencion, y cuando no hallais motivo para censurar sus defectos, procurais hacer ridícula la misma virtud, lo que es una impiedad.

3. Vosotros perseguís la virtud, y la haceis inútil para vosotros; afrentais la virtud, y la haceis inútil para los demás; y con vuestras contradicciones la haceis insufrible á sí misma. Perseguid la virtud, y la haceis inútil para vosotros mismos. Si, amados oyentes míos; el ejemplo de los justos era un medio de salvacion que os habia proporcionado la bondad divina; pero, indignada su justicia de la burla que haceis de las misericordias que usa con sus siervos, la retira para siempre de vosotros, y castiga el desprecio que haceis de la piedad, negándoos este don. Por otra parte, aún cuando el Señor no os negára el inestimable don de la piedad, en castigo de la burla que de ella haceis, ese mismo desprecio forma en vosotros un respeto humano é invencible, que nunca os permitirá seguir el partido de la virtud.

Aún más; no solamente haceis inútil la virtud para vosotros mismos con estas deplorables burlas, sinó, que tambien la haceis odiosa é inútil para los demás, que solamente temen en una nueva vida la burla que haceis de la virtud; no oponen interiormente más que este obstáculo á la voz del cielo que los llama, y están vacilantes en el gran negocio de la eternidad, entre los juicios de Dios, y vuestras infames irrisiones.

Aún quiero añadir más: vosotros sois causa de que la virtud sea

insufrible á sí misma; vuestras burlas sirven de escollo aún á la misma piedad de los justos; haceis titubear su fé, desanimais su celo, suspendeis sus buenos deseos; ahogais en su corazon las más vivas impresiones de la gracia; haceis que suspendan muchas acciones de fervor y virtud, que no se atreven á presentar á la impiedad de vuestras censuras; los obligais á que se conformen, á pesar suyo, con vuestras costumbres y máximas, aún cuando las detestan; á que minoren su retiro, sus austeridades y oraciones; á que no dediquen á estas obligaciones sinó algunos instantes, que pueden ocultar á vuestra vista y á vuestras burlas; y de este modo, privais á la Iglesia de la edificacion de sus ejemplos; á los flacos, del socorro que hallarian en ellos; á los pecadores, de la confusion que les causarian; á los justos, de un consuelo que les daria aliento; y á la religion, de un espectáculo que la honra.

Veneremos la virtud, amados oyentes: ella sola merece en la tierra nuestra admiracion y respeto. Si aún nos hallamos flacos, para poder cumplir con las obligaciones, seamos, á lo ménos, equitativos, apreciando su resplandor é inocencia; si no podemos vivir como los justos, deseemos alcanzarlo, y envidiemos su suerte: si no podemos imitar sus ejemplos, miremos las burlas que se hacen de la virtud, no solamente como blasfemias contra el Espiritu Santo, sinó como ultraje de la humanidad, á la que solamente puede honrar la virtud; reprendamos los vicios, que son los que no nos permiten parecernos á los justos, y no las virtudes, que los hacen tan distintos de nosotros: en una palabra, merezcamos, respetando verdaderamente á la piedad, alcanzar para nosotros, algun dia, el don de la misma piedad, que nos haga dignos de la gloria que nos está preparada en el cielo, y que os deseo á todos.